

ciencia ó irreflexión los círculos inferiores. Y precisamente toda la característica de nuestro siglo, como observa Gerwinus, y el ideal de la democracia moderna, consisten en producir en el mayor número de esos círculos la conciencia de la finalidad humana, para hacerlos miembros activos en la obra del progreso. La medida en que semejante ideal pueda ser logrado, por conformar más ó menos con las condiciones naturales del sujeto individual y social, es cosa que nadie hoy se atrevería á decir.

3.—La unidad de la historia.

De dos maneras se ha venido entendiendo, hasta nuestros días, la unidad de la historia humana: ó como unidad *psicológica*, fundada en la igualdad constante del sujeto histórico, ó como unidad *mecánica*, de repetición uniforme en los hechos.

El primer sentido, ó sea el psicológico, es el más antiguo y general en los autores. Así puede verse en nuestros tratadistas de los siglos XVI y XVII (1); y bastará, como tipo, citar las célebres palabras de Maquiavelo: «Suelen decir los hombres prudentes que el que quiere saber lo que ha de suceder, considere lo que ha sido antes de ahora, porque todas las cosas en todas las épocas tienen propia comparación con las de los tiempos antiguos; lo cual proviene de que siendo aquéllas hechas por los hombres, *que tienen* y

(1) V. g.r, Luis Cabrera de Córdoba, para quien la historia universal tiene la base de la unidad ó permanencia psicológica del sujeto, en lo cual estriba la utilidad moral ó ejemplar que aquélla tiene.

tendrán siempre las mismas pasiones, resulta necesariamente que producirán el mismo efecto» (1). Supone, por tanto, esta doctrina, la permanencia de las ideas y los sentimientos del hombre en un mismo grado de desarrollo, negando implícitamente el progreso moral, á lo menos, y el poder de la educación.

Maquiavelo es, sin embargo, un ejemplo de lo difícil que resultan siempre las clasificaciones de ideas, porque á la teoría que acaba de leerse, mezcla otros elementos que le acercan á la segunda manera de concebir la unidad histórica, es decir, la mecánica (2). Una posición igualmente mixta tienen los autores clásicos, que conciben á los pueblos como *individuos* que nacen, florecen y mueren, siendo sustituidos luego por otros en quienes se verifica lo propio (3), en lo cual está la base de la ley de repetición de Pagano, Guicciardini y Vico, representante genuino este último de la teoría mecánica ó sucesión circular y fatal de los hechos, en su explicación de los *ricorsi* (4). La expresión gráfica de esta teoría es el círculo, ó mejor dicho, una serie de curvas cerradas é iguales entre sí. Por esto ha podido decirse que el movimiento de la historia humana es, según Vico, como el de una rueda de noria. La sociedad, en opinión suya, no puede realizar más que un cierto número y género de grados en la evolución, terminados los cuales vuelve al punto de partida para empezar otra vez.

(1) *Discorsi*, lib. III. Á esta *unidad psicológica* de toda la humanidad sustituye hoy la especial de cada raza (Le Bon.)

(2) Ved lo que dice acerca de esto Buchez, *Introd. à l'histoire de l'histoire*. Segunda edición, París, 1842, t. I, pág. 99.

(3) Un ejemplo de esto es Floro, en su *Epitomae* de Tito Livio.

(4) *Scienza nuova*, 1725.

El concepto moderno es muy distinto, y está condicionado por la idea de la unidad de la especie humana, que propagó el cristianismo. Hasta entonces no había habido historia universal. «Todas las historias escritas en edades pasadas—dice el Sr. Letelier (1)—se refieren á pueblos y tiempos determinados, y desdennan, ó mejor, ignoran en absoluto los sucesos de otros tiempos y de otros pueblos.»

El concepto de la perfectibilidad ó *progresibilidad* humana está igualmente explícito en muchos Santos Padres; pero no se incorpora desde luego á la ciencia, y no produce, por tanto, resultado útil en los estudios. La idea continúa no obstante su camino, y va completándose en el sentido que hoy le damos. Al ideal de una perfección pasada (edad de oro, etc.), sucede el de una perfección futura y siempre mayor. Paracelso escribía en el siglo XVI: «Dedico este libro á los que creen que las cosas nuevas valen más que las antiguas, sólo por el hecho de ser nuevas»; y la idea del progreso indefinido (que supone la unidad fundamental de la historia humana) está ya evidente en Bacon y en otros muchos autores del siglo XVII (2). En el siglo XVIII esta teoría es la común y corriente, y se aplica incluso á las artes bellas (Turgot), respecto de las cuales el dogma era considerar como insuperable lo clásico (3).

En todos estos precedentes se funda la idea moderna, según la cual la unidad histórica tiene el carácter de evolutiva, ó *genética*, como dice Bernheim: es la unidad de sustancia del germen que se desarrolla en una serie de

(1) *Loc. cit.*, pág. 18.

(2) Ved Buchez, *loc. cit.*, que hace la historia de este movimiento.

(3) Turgot es también quizá el primero que acude á deducir el estado de los pueblos primitivos, del que ofrecen los salvajes actuales.

posiciones ó estados indefinidos de evolución, los cuales muestran un cierto sentido y dirección general, que es su ley. De aquí resulta la continuidad no interrumpida del desarrollo en el tiempo; y, por tanto, la dependencia en que el momento actual se encuentra respecto de los precedentes, sin cuya herencia y fuerza adquirida no podría explicarse; y, en fin, que toda la historia es una marcha ascendente, continua y acumulada en el desenvolvimiento de las energías y cualidades del sujeto social (1).

Esta explicación, que ha venido á la sociología por influjo, principalmente, de las ciencias naturales, donde tuvo origen, es hoy la dominante, aun en los autores que no militan por completo en las filas del positivismo. Su influencia refléjase sobre todas las ciencias concretas. Así, en la lingüística ha producido una teoría nueva acerca de la vida del idioma. Frente á la antigua, que admitía la existencia de lenguas *madres* y lenguas *hijas*, viniendo éstas de aquéllas y sustituyéndolas con individualidad especial, como los hijos á los padres, se levanta hoy otra que rechaza aquellas pretendidas sustituciones, suponiendo que no hay más que una lengua, la primitiva, de la cual son las posteriores puros momentos de evolución. Así, el castellano, podría decirse, no es una lengua distinta del latín, sino éste evolucionado, ó como si dijéramos, un latín del siglo XIX.

Debe entenderse, no obstante, que á la preparación de este concepto han contribuído otras causas de muy distinta procedencia. Desde luego, ningún sentido orgánico

(1) Véase cómo formulaba Buchez en 1842 esta idea, para compararla con la posición novísima; *loc. cit.*, I, 213 y 95-96.

de unidad hubiera sido posible dentro de las ideas de exclusión que, según hemos visto, dominaban en el mundo antiguo: Estado contra Estado, *griegos* contra *bárbaros*, etc. Por eso el ideal de humanidad que predicaron, á la vez, ciertos filósofos griegos y el cristianismo, tuvo el valor de un fermento—no utilizado, sin embargo, como va dicho, hasta tiempos recientes—para levantar á un sentido de «unidad humana». La forma y el modo de apreciar esta unidad es lo que han traído de nuevo las doctrinas evolutivas (1).

Nótase ya la manifestación aplicada de la teoría moderna, en Ranke, Sybel, Droysen y otros historiadores alemanes (2); pero ha sido expuesta más concretamente con motivo de la división arbitraria que se hace, especialmente en Inglaterra, entre la historia antigua y la moderna, hasta el punto de explicarlas en cátedras distintas. Inició la protesta el Dr. Arnold, uno de los más ilustres representantes del profesorado inglés, y la continuó en el mismo sentido, Freeman (3).

Empieza éste afirmando que las palabras *viejo* y *muerto* no tienen valor en historia; donde todo está vivo y en constante actividad y producción. «La historia de las naciones arias de Europa—dice—sus idiomas, sus instituciones, sus relaciones con las demás, todo forma una larga serie de

(1) Véase en Bernheim el párrafo titulado «La historia evolutiva» (páginas 20 á 29), donde explica este y otros particulares.—También hace allí algunas indicaciones (pág. 23) sobre la consideración del «medio natural» en los historiadores griegos.

(2) Bernheim, pág. 20-21.

(3) En su folleto titulado *La unidad de la historia* y en la lección inaugural de su libro tantas veces citado, *Methods of hist. Study*. Conciuerdan con él, hoy ya, otros muchos.

causas y efectos, de la cual ninguna parte puede ser plenamente entendida si se toma como algo separado é independiente de las demás partes.» Este punto de vista de la mutua é indispensable dependencia y explicación que tienen todos los períodos de la historia, es el que Freeman repite con más insistencia, poniendo ejemplos, con relación, v. gr., al lenguaje; y al fin, concluye de este modo: «Si se nos pregunta qué aplicación tiene el estudio de los sucesos é instituciones de tiempos tan lejanos del nuestro, contestaremos que la distancia no se mide simplemente por el trascurso del tiempo, y que aquellas edades en que hubieron de nacer la literatura, el arte, la libertad política, están, á veces sólo por analogía é influencia indirecta, á veces por causas y efectos actuales, no distantes, sino muy próximas á nosotros. Coloquemos la historia y la literatura de los períodos culminantes de Grecia y Roma en el lugar debido en la historia de la humanidad, pero nada más que en el lugar debido. Miremos á los *antiguos*, á los hombres de Plutarco, á los hombres de Homero, no como de otra raza, sino como hombres de pasiones iguales á las nuestras, como hermanos mayores en la común familia aria....» Hagamos entender «que la lengua que ahora hablamos forma en realidad una sola con la lengua de Homero; que la *Ekklesia* de Atenas, los *Comitia* de Roma y el Parlamento de Inglaterra son anillos de una cadena misma; que Clis-tenes, Licinio y Simón de Montfort han sido compañeros en el trabajo de una causa común.... y encontraremos que el estudio de los tiempos juveniles de nuestra raza puede ocupar un puesto de honor junto al estudio de los tiempos modernos; que los héroes de la leyenda antigua no pierden, sino que más bien ganan en verdadera dignidad, con-

virtiéndose en objetos de razonable respeto, en vez de serlo de exclusiva superstición.»

Fácil es advertir que las ideas de Freeman, no obstante representar, sobre todo con relación á los programas de la enseñanza inglesa, un progreso notable, están muy lejos de satisfacer todas las exigencias. El concepto antiguo de la unidad (más bien de la identidad) psicológica (1) aparece de vez en cuando, según indican algunas frases de las que acabamos de citar; pero sobre todo limita el alcance de sus ideas á la historia de Europa, negándose á ver la relación íntima de unidad que tiene aquélla con la del Oriente antiguo, al decir, por ejemplo, «que la historia de los Acadios importa á la inglesa sólo como pueden importarle la antropología, la paleontología ó la geología», y dando á esta comparación un alcance general respecto de todos los pueblos orientales.

Diffícilmente, después de las investigaciones hechas por Maine, Hearn, Laveye, Le Play, Letourneau y tantos otros, sobre la historia de la familia, la propiedad, el orga-

(1) Claro es que no llegan las tendencias modernas á negar la unidad esencial del sujeto, es decir, de la personalidad psico-física del hombre; sino tan sólo á afirmar que tanto ella como la del cuerpo social ó colectivo (para los que reconocen esta última), están sujetas á una ley de evolución, por la que sus facultades y energía van produciéndose en estados diversos, de más en más complejos y perfeccionados, incluso por la influencia artística de la educación reflexiva.—Muy interesante es, en este sentido, el libro (que acaba de llegar á mis manos) de M. P. Lacombe, *De l'Histoire considérée comme science* (Paris, 1894). El autor considera como base de interpretación de la historia la psicología, de cuyas leyes generales dependen las tan buscadas de aquélla, y el movimiento de progreso. Así, éste resulta principalmente condicionado por las instituciones económicas, las más necesarias de todas. Ya Mably hacía ver la necesidad que tiene el historiador de estudiar las pasiones, el corazón humano, etc., siguiendo en esto á los clásicos.

nismo político y demás instituciones fundamentales, podrá sostenerse la tesis de una separación entre la historia europea y la oriental. Por el contrario, la conclusión á que se ha llegado en aquellos estudios es que una misma ley rige la evolución de las instituciones sociales en todos los pueblos, y que las formas que hoy consideramos como genuinas de nuestra época, tienen su arraigo y origen en el pasado más primitivo de las civilizaciones. Por igual razón, gran parte de las costumbres y usos que hoy se muestran en la vida espontánea de nuestras sociedades (organización de la familia ó de la propiedad, fiestas, supersticiones, bailes, etc.) son verdaderas supervivencias de grados de cultura anteriores.—Lo mismo puede decirse del arte, cuya evolución, hasta formar el del pueblo griego (que por mucho tiempo se tuvo como autóctono é independiente), está ya puesta bien en claro. (Estudios de Perrot y Chipiez, de Maspero, Pictet, etc. sobre la literatura.....)

La conclusión de todo esto es que, lejos de ser exclusiva y separada la historia de los diferentes pueblos que han llegado á tenerla con cierto desarrollo é intensidad, forma un trabajo común, en que la herencia y transmisión de los esfuerzos y de los resultados obtenidos han hecho posible el grado de cultura que hoy alcanzamos: el cual, pues, tiene su fundamento y raíz en todo el pasado de la humanidad. Con esto, la historia debe estudiarse de modo que la progresión y enlace de sus diferentes estados evolutivos resulte de un modo evidente, dando así á cada cosa y á cada idea el valor y el puesto que por naturaleza le corresponde (1); destruyendo á la vez el error facilísimo de juz-

(1) En esto se fundan, como veremos, los contradictores del llamado método regresivo.

gar absolutas, y en todo tiempo reconocidas, las ideas é instituciones de nuestra época y la interpretación que damos á su modalidad actual (1).

Finalmente, comienzan á sostener algunos científicos (aunque no de un modo tan general como las ideas hasta aquí enunciadas), que la evolución no es unitaria en el sentido de seguir una dirección uniforme en todos los pueblos; sino que dentro de la misma unidad esencial que en todos ellos se advierte, hay desviaciones de bastante consideración para caracterizar tendencias distintas. El ejemplo que para probar esta afirmación se propone (2), es la civilización china, en cuya modalidad y aspecto general se manifiesta, al parecer, un tipo diferente del europeo. De este modo quedaría dividida la humanidad en dos grupos ó ciclos: uno, constituido por todos los pueblos de Europa y los orientales que han influido directamente en la vida de aquéllos (Asiria, Fenicia, etc.); y otro por el chino, el japonés y sus análogos. Pero quizá esta diferencia no es tan irreductible como creen algunos; y tal vez repose en la falta de un exacto y profundo conocimiento del carácter y grado de las civilizaciones que difieren de la europea, cuyo tipo, por otra parte, va introduciéndose y dominando en todos los puntos del globo.

(1) Tal ha venido á suceder con la propiedad individual, el testamento, la jefatura del padre en la familia y otros pormenores de la vida jurídica y social, que consideraban como consustanciales y contemporáneos con el hombre los ideólogos del Derecho. Hoy queda demostrado que muchos de ellos son de fecha reciente en la historia humana, habiéndoles precedido otras formas distintas de organización, que aun, en parte, subsisten, rigiendo normalmente la vida de muchos grupos sociales.

(2) Ya hemos aludido á él antes. Capítulo III.

De todos modos, hay que tener en cuenta, para la apreciación justa de la teoría evolutiva, la distinción, ya general, que se hace entre *evolución* y *progreso*, y los reparos que suscitan á este propósito autores como los citados Lacombe y George, muy oportunos, á veces, en sus rectificaciones.
